

zos, evacuaron los esparciatas la ciudadela. Uno de los desterrados, el joven Pelópidas, fué de los principales autores de esta conjuración. Distinguido por su nacimiento y por sus riquezas, lo fué luego por sus acciones, cuyo esplendor recayó sobre su patria.

De esta manera quedaban cerradas todas las vías de conciliación entre las dos naciones. El odio de los Tebanos se había acrecentado prodigiosamente, porque habían sufrido un ultraje sangriento; y el de los Lacedemonios, porque le habían cometido. Aunque estos últimos tenían muchas guerras que sostener, hicieron una irrupción en la Beocia. Agesilao llevó allá dos veces á sus soldados hechos á vencer bajo sus órdenes: herido en una acción poco decisiva, el esparciata Antálcidas le dijo, señalándole la sangre que corría de la herida: « ved aquí el fruto de las lecciones que habeis dado á los Tebanos. » En efecto, estos despues de haber dejado al principio talar sus campos, ensayaron sus fuerzas en pequeños combates, que se multiplicaron luego. Pelópidas los llevaba todos los días delante del enemigo; y á pesar de lo impetuoso de su carácter, los detenía en los prósperos sucesos, los animaba en sus derrotas, y les enseñaba poco á poco á arrostrar á aquellos Esparciatas, de quienes les intimidaba el valor, y aun mas todavía la fama. El mismo

instruido por sus propios yerros, y por los ejemplos de Agesilao, se apropiaba la experiencia del general mas experto de la Grecia, y en las campañas siguientes recogió el fruto de su trabajo y de sus reflexiones.

Hallábase en la Beocia, y se adelantaba hácia Tebas, cuando volvía por el mismo camino un cuerpo de lacedemonios mas numeroso que el suyo. Un hombre de á caballo, que se había adelantado, y los vió salir de un desfiladero, corrió á Pelópidas, exclamando: « hemos caído en manos de los enemigos. — ¿ Y por qué no habrán caído ellos en las nuestras? » respondió « el general. » Ninguna nación se había atrevido hasta entonces á acometer á los Lacedemonios con fuerzas iguales, y mucho menos con fuerzas inferiores. La batalla fué sangrienta, y la victoria estuvo mucho tiempo indecisa: los Lacedemonios, perdidos sus dos generales, y la flor de sus guerreros, se abren, sin perder sus filas, para dejar pasar al enemigo; mas Pelópidas, que quería quedar dueño del campo de batalla, cae otra vez sobre ellos, y gusta por fin del placer de dispersarlos por la llanura.

Este suceso inesperado maravilló á Lacedemonia, á Atenas, y á todas las repúblicas de la Grecia. Cansadas de las calamidades de la guer-

ra, resolvieron terminar sus desavenencias amigablemente; para lo cual se convocó la dieta en Lacedemonia, adonde concurrió Epaminondas con los demas diputados de Tebas.

Por este tiempo tenia Epaminondas cuarenta años. Siguiendo el consejo de los sabios, habia vivido hasta entonces oculto; y aun habia hecho mas, que fué ponerse en disposicion de hacer su vida util á los demas. Al salir de su infancia, se tomó el cuidado de acabar por sí su educacion. No obstante la mediania de sus haberes, se llevó á su casa al filósofo Lisis y en sus conversaciones frecuentes, se imbuyó de las sublimes ideas que los pitagóricos han concebido de la virtud; y esta virtud que resplandecia en todas sus acciones, le hacia inaccesible á todos los temores. Al mismo tiempo que robustecia su salud con la carrera, la lucha, y mas con la templanza, estudiaba los hombres, consultaba á los mas sabios, y meditaba sobre las obligaciones del general y del magistrado. En los discursos pronunciados en público no se desdeñaba de los adornos del arte; pero siempre se divisaba en ellos la elócuencia de las almas grandes. Sus talentos, que le han puesto en la clase de los oradores célebres, brillaron por la primera vez en la dieta de Lacedemonia, cuyas operaciones dirigia Agesilao.

Los diputados de las diferentes repúblicas,

trataron allí de sus derechos y sus intereses. Por una casualidad, he visto las arengas de tres embajadores de Atenas. El primero era un sacerdote de Ceres, preocupado con su nacimiento, y envanecido con los elogios que recibia, ó se daba á si mismo: recordaba las importantes comisiones que los Atenienses habian confiado á los de su familia; hablaba de los beneficios que los pueblos del Peloponeso habian recibido de las divinidades, de quienes era ministro, y concluia diciendo, que nunca era tarde para empezar la guerra, ni temprano para acabarla. Calistrato, orador famoso, en lugar de defender el interes general de la Grecia, tuvo la imprudencia de insinuar, en presencia de todos los aliados, que la union particular de Atenas y Lacedemonia aseguraria á estas dos potencias el imperio de la tierra y del mar. Ultimamente, Autocles, tercer diputado, se extendió con calor sobre las injusticias de los Lacedemonios, que continuamente incitaban á los pueblos á que fuesen libres, y realmente los tenian en esclavitud, bajo el frivolo pretexto de su garantía, concedida por el tratado de Antálcidas.

Os he dicho ya, que conforme á este tratado, debian ser libres todas las ciudades de la Grecia; pero los Lacedemonios, teniendo en su dependencia las ciudades de Laconia, exigian con

altanería; que las de Beocia no estuviesen sujetas á los Tebanos. Como se extendian en quejas amargas contra estos últimos, y no se explicaban con la misma concision que antes, enfadado Epaminondas de sus prolijas invectivas, les dijo un día: « á lo menos convendreis en que os hemos obligado á alargar vuestros monosílabos. » El discurso que pronunció despues hizo tan viva impresion en los diputados, que Agesilao se sobresaltó. Insistiendo el tebano con vigor sobre la necesidad de un tratado que se fundase únicamente en la justicia y la razon: « ¿ os parece justo y razonable, dijo Agesilao, conceder la independencía á las ciudades de la Beocia? — ¿ Y vos, respondió Epaminondas, creéis razonable y justo reconocer la de la Laconia? — Explicaos claramente, replicó Agesilao lleno de ira: ¿ yo os pregunto, si han de ser libres las ciudades de la Beocia? — ¿ Y yo, respondió con entereza Epaminondas, yo os pregunto si lo han de ser las de la Laconia? » A estas palabras Agesilao borró del tratado el nombre de los Tebanos, y se disolvió la asamblea.

Este fué, segun se dice, el éxito de la famosa conferencia; bien que algunos la cuentan de otro modo, y mas á favor de Agesilao. Sea de esto lo que fuese, los artículos principales del decreto de la dieta eran: que se licenciarian las

tropas: que todos los pueblos gozarian de libertad; y que cada una de las potencias confederadas podria socorrer á las ciudades oprimidas.

Todavía se hubiera podido recurrir á una negociacion; pero arrastrados los Lacedemonios á su ruina, por un espíritu de vértigo, dieron orden al rey Cleombroto, que mandaba en la Fócide el ejército de los aliados, para marchar á la Beocia. Componiase de diez mil infantes y de mil caballos. Los Tebanos no podian oponerles mas que seis mil hombres de infantería, y un corto número de caballos; pero Epaminondas se hallaba á su frente, y Pelópidas estaba á sus órdenes.

Si se citaban agüeros siniestros, él respondia, que el mejor presagio era defender la patria: si se referian oráculos favorables, los acreditaba tanto, que se sospechaba que fuese el autor de ellos. Sus tropas eran aguerridas, y llenas de confianza. La caballería enemiga, reunida sin discernimiento, ni tenia experiencia ni emulacion. Las ciudades aliadas habian consentido en esta guerra con suma repugnancia, y los soldados marchaban á ella disgustados. El rey de Lacedemonia conoció este desaliento; pero tenia enemigos, y se aventuró á todo antes que dar nuevos pretextos á su odio.

Estaban los dos ejércitos en un sitio de la Beo-

cia , llamado Leuctres. La vispera de la batalla , mientras Epaminondas daba sus disposiciones , inquieto de un acaecimiento que iba á decidir de la suerte de su patria , supo que un oficial de distincion acababa de espirar tranquilamente en su tienda. « ¡ Ah dioses buenos ! exclamó , ¿ quién « tiene tiempo para morir en semejantes cir- « cunstancias ? »

La mañana siguiente \* se dió aquella batalla que los talentos del general tebano harán memorable para siempre. Cleombroto se habia puesto á la derecha de su ejército con la falange lacedemonia , protegida por la caballería , que formaba la primera linea. Epaminondas , seguro de la victoria , si podia romper esta ala temible , tomó el partido de rehusar su derecha al enemigo , y de acometer por su izquierda ; para lo cual hizo pasar allí sus mejores tropas , las ordenó sobre cincuenta de fondo , y puso tambien su caballería en primera linea. Al ver esto , mudó Cleombroto su primera disposicion ; pero en lugar de dar mayor fondo á su ala , la prolongó para desbordar á Epaminondas. Durante este movimiento , la caballería tebana cayó sobre la de Lacedemonia , y la hizo retroceder sobre la falange , que ya no tenia mas que doce de fondo. Pelópidas , que mandaba el batallon

\* El 8 de julio del año juliano proleptico 371 antes de J. C.

sagrado \* , la cogió por el flanco : Epaminondas cargó sobre ella con todo el peso de su columna. Sostuvo ella el choque con un valor digno de mejor causa , y de mejor suceso ; pero los prodigios de valor no pudieron librar á Cleombroto ; y los guerreros que le rodeaban sacrificaron sus vidas , ó para salvar la suya , ó para retirar su cadaver , que los Tebanos no tuvieron la gloria de llevar.

Después de su muerte el ejército del Peloponeso se retiró á su campo , situado sobre una altura vecina. Algunos lacedemonios proponian que se volviese al combate ; pero los generales , atónitos con la pérdida que Esparta acababa de sufrir , y no pudiendo contar con los aliados , mas satisfechos que consternados de su humillacion , dejaron á los Tebanos levantar pacíficamente un trofeo sobre el campo de batalla. La pérdida de estos últimos fué corta : la del enemigo ascendió á cuatro mil hombres , entre los cuales se contaban mil lacedemonios. De setecientos esparciatas , perdieron la vida cuatrocientos.

El primer rumor de esta victoria no excitó en Atenas mas que una indecente envidia contra los Tebanos. En Esparta despertó aquellos

\* Este era un cuerpo de trescientos jóvenes tebanos , famosos por su valentia.

sentimientos extraordinarios que las leyes de Licurgo imprimen en todos los corazones. Asistia el pueblo á los juegos solemnes, en que los hombres de toda edad se disputaban el premio de la lucha, y de otros ejercicios gimnásticos. A la llegada del correo previeron los magistrados el fin de Lacedemonia; y sin interrumpir el espectáculo, hicieron saber á cada familia la pérdida que acababa de padecer exhortando á las madres y á las esposas á reprimir su dolor en el silencio. La mañana siguiente se vió á estas familias con la alegría pintada en el semblante, ir presurosas á los templos y á la plaza pública, á dar gracias á los dioses, y darse mutuamente la enhorabuena de haber dado á la patria ciudadanos tan valerosos. Las demas no se atrevian á presentarse en público, ó se dejaban ver con el aparato de la tristeza y del duelo. El dolor de la afrenta y el amor de la patria pudieron tanto en la mayor parte de ellas, que los esposos no podian sufrir sin rubor las miradas de sus esposas, y las madres temian la vuelta de sus hijos.

Tanto se ensoberbecieron los Tebanos con este suceso, que el filósofo Antístenes decia: « á mí me parece ver á unos discípulos llenos de orgullo porque han azotado á su maestro.» Por otro lado, no queriendo los Lacedemonios confesar su derrota, pidieron que las dos na-

ciones se atuviesen al juicio de los Aqueos.

Epaminondas y Pelópidas fueron nombrados dos años despues por beotarcos, ó gefes de la liga beociana \*. El concurso de circunstancias, la estimacion, la amistad, la uniformidad de miras y pensamientos, formaban entre ellos una union indisoluble. El uno tenia sin duda mas virtudes y talentos; pero el otro hacia que desapareciese esta superioridad, reconociéndola. Con este fiel compañero de sus trabajos y de su gloria, entró Epaminondas en el Peloponeso, llevando el terror y la desolacion á los pueblos adictos á Lacedemonia, acelerando la separacion de otros, y rompiendo el yugo con que gemian los Mesenios muchos siglos antes. Setenta mil hombres de varias naciones marchaban bajo su mando con una confianza igual, á quienes condujo á Lacedemonia, resuelto á acometer á sus habitantes hasta en sus hogares, y á erigir un trofeo en medio de la ciudad.

Esparta, sin muros ni ciudadela, tiene muchas alturas, que Agesilao tuvo el cuidado de guarnecer con tropas, y colocó su ejército en la falda de la mas alta de ellas. Desde allí vió á Epaminondas acercarse al frente de su ejército, y dar disposiciones para pasar el Euro-

\* El año 369 antes de J. C.

tas, que venia crecido con las nieves derretidas. Despues de haberle seguido largo rato con la vista, no se le oyeron mas que estas palabras : « ¡ qué hombre ! ¡ qué prodigio ! »

Entre tanto mil mortales inquietudes agitaban á este principe. Por fuera un ejército formidable ; adentro un corto número de soldados, que ya no se tenian por invencibles ; y un gran número de facciosos, que todo lo creian permitido : las murmuraciones y quejas de los habitantes, que veian sus posesiones assoladas, y sus vidas en peligro ; el grito general, que le acusaba de autor de todos los males de la Grecia ; la memoria cruel de un reinado en otro tiempo tan floreciente, y al fin deshonorado con un espectáculo tan nuevo como espantoso ; porque hacia cinco ó seis siglos que los enemigos apenas se habian atrevido á intentar algunas correrias pasajeras en los confines de la Laconia ; pero jamas habian visto las mugeres de Esparta el humo de sus campamentos.

A pesar de tan justos motivos de temores, mostraba Agesilao una frente serena, y despreciaba las injurias del enemigo, que para obligarle á dejar sus puestos, ya le daba en cara con su cobardía, ya assolaba á sus ojos las campiñas vecinas. En medio de esto, cerca de doscientos conjurados se habian posesionado de un puesto importante, y difícil de forzar. Propusieronle

que hiciese marchar contra ellos un cuerpo de tropas ; pero Agesilao desechó la propuesta, y él mismo se presentó á los rebeldes con un solo criado, diciéndoles : « habeis entendido mal mis órdenes ; pues no es aquí adonde debiais venir, « sino á tal y tal parte. » Al mismo tiempo les señaló los sitios donde tenia ánimo de dispersarlos, y fueron luego á ocuparlos.

Entre tanto perdía Epaminondas las esperanzas de atraer los Lacedemonios á la llanura. El invierno estaba muy adelantado : los de Arcadia, Argos y Elea habian abandonado ya el sitio : los Tebanos perdian gente todos los días, y comenzaban á carecer de víveres : los Atenienses y otros pueblos hacian levás para ayudar á Lacedemonia. Por estas razones, viéndose precisado Epaminondas á retirarse, taló el resto de la Laconia, y despues de haber evitado el encuentro con el ejército de los Atenienses, mandado por Ificrates, llevó tranquilamente el suyo á la Beocia.

Los gefes de la liga beociana no están en ejercicio mas de un año, pasado el cual, deben entregar el mando en manos de sus sucesores. Epaminondas y Pelópidas le habian conservado cuatro meses mas del término señalado por la ley ; por lo cual fueron acusados y citados ante la justicia. El último se defendió sin decoro, y recurrió á las súplicas. Epaminondas se presentó

ante sus jueces con la misma serenidad que al frente del ejército. «La ley me condena, les dijo: yo merezco la muerte; y solamente pido que sobre mi sepulcro se grave esta inscripción: los Tebanos hicieron morir á Epaminondas porque en Leuctres les obligó á acometer y vencer á aquellos Lacedemonios, á quienes antes no se atrevían á mirar: porque su victoria salvó su patria, y dió la libertad á la Grecia: porque bajo su mando sitiaron los Tebanos á Lacedemonia, que se dió por muy dichosa de poder evitar su ruina: porque reedificó á Mesena, y la circundó de fuertes murallas.» Los concurrentes aplaudieron el discurso de Epaminondas, y los jueces no se atrevieron á condenarle.

La envidia, que crece al paso que se la abate, creyó encontrar la ocasion para humillarle; y en la distribucion de los empleos encargaron al vencedor de Leuctres cuidar de la limpieza de las calles, y de la conservacion de los albañales de la ciudad; pero él realzó esta comision, y manifestó lo que él mismo habia dicho, esto es, que no se debe juzgar de los hombres por los empleos, sino de los empleos por los que los ocupan.

En el espacio de los seis años que han pasado despues, hemos visto mas de una vez á Epaminondas hacer respetar las armas tebanas en el Peloponeso, y á Pelópidas hacerlas triunfar en

Tesalia. Hemos visto á este último buscado para árbitro entre dos hermanos, que se disputaban el trono de Macedonia, terminar sus desavenencias, pasar despues á la corte de Suza, donde su reputacion, que le habia precedido, le grangeó distinciones brillantes\*: desconcertar los medios de que se valian los diputados de Atenas y Lacedemonia, para conseguir la protección del rey de Persia; y lograr para su patria un tratado que la unia estrechamente con este príncipe.

El año próximo pasado\*\* marchó contra un tirano de Tesalia, llamado Alejandro, y murió en un combate persiguiendo al enemigo, á quien habia obligado á huir vergonzosamente. Tebas, y las potencias aliadas lloraron su muerte: Tebas ha perdido uno de sus apoyos, pero le queda Epaminondas, quien se propone dar los últimos golpes á Lacedemonia. Todas las repúblicas de la Grecia se dividen, forman ligas, y hacen inmensos preparativos. Se cree que los Atenienses se juntarán á los Lacedemonios, y que esta union no detendrá Epaminondas. La primavera próxima decidirá esta gran querella. Tal fué la relacion de Cleómedes.

Despues de muchos dias de feliz navegacion,

\* El año 367 antes de J. C.

\*\* El año 364 antes de J. C.

llegamos al Bósforo de Tracia. Este es el nombre que dan al canal de que nos habia hablado Cleómedes. La entrada es peligrosa: los vientos contrarios arrojan las naves muy á menudo contra las costas vecinas, donde los navegantes no encuentran sino la esclavitud ó la muerte; porque los habitantes de aquel pais son verdaderos bárbaros, pues son crueles.

Al entrar en el canal, la tripulacion dirigió mil acciones de gracias á Júpiter, con el renombre Urío, cuyo templo teniamos á la izquierda, sobre las costas de Asia, por habernos preservado de los peligros de mar tan borrascoso. Entre tanto decia yo á Timágenes: el Ponto Euxino recibe, segun se asegura, cuarenta rios, algunos muy caudalosos, y no es posible que salgan por un canal tan estrecho. ¿Qué se hace pues esta prodigiosa cantidad de agua, que entra dia y noche en este vasto recipiente? Parte de ella, respondió Timágenes, la veis correr por aquí; la demas, reducida á vapores, debe de ser atraida por los rayos del sol; porque siendo mas dulces las aguas de este mar, y por consiguiente mas ligeras que las otras, se evaporan mas fácilmente. ¿Qué sabemos? Quizá los abismos de que hace poco nos habló Cleómedes, absorven una parte de las aguas del Ponto, y las conducen á mares apartados por subterranos abiertos por debajo del continente.

El Bósforo de Tracia separa la Europa de la Asia. Su longitud desde el templo de Júpiter hasta la ciudad de Bizancio donde termina, es de ciento y veinte estadios\*. Su anchura es varia: á la entrada es de cuatro estadios\*\*, á la parte opuesta de catorce\*\*\*. En algunos parages forman las aguas grandes conchas y profundas bahías.

Por un lado y por otro se eleva el terreno en forma de anfiteatro, y presenta las vistas mas agradables y variadas. Las colinas cubiertas de árboles, y las cañadas fértiles, hacen á veces un contraste admirable con los peñascos, que repentinamente mudan la direccion del canal. Sobre las alturas se ven los monumentos de la devocion de los pueblos: sobre las riberas casas agradables, puertos tranquilos, ciudades y lugares ricos, con el comercio, y arroyos que vienen con el tributo de sus aguas. Estas pinturas se animan en ciertas estaciones, con la multitud de barcos pescadores, y de naves que van

\* Cuatro leguas, y mil y trescientas y cuarenta toesas: (5 leguas, 5870 pasos de España).

\*\* Trescientas setenta y ocho toesas: (529 pasos de España).

\*\*\* Mil y trescientas veinte y tres toesas: (1851 y medio pasos de España).

—Los antiguos están discordes, y mas los modernos, sobre estas medidas como sobre las del Ponto Euxino, Propóntide y Helasponto. Yo he debido atenerme en lo general á las de Heródoto, que eran mas comunes en la época de este viage.



al Ponto Euxino, ó que sacan sus esquilmos.

Hácia la mitad del canal nos mostraron el parage por donde Darío, rey de Persia, hizo pasar por un puente de barcas setecientos mil hombres, que conducía contra los Escitas. El estrecho, que no tiene mas de cinco estadios de anchura\*, se halla allí ceñido por un promontorio, sobre el cual hay un templo de Mercurio. En aquel sitio puestos dos hombres, uno en Asia y otro en Europa, pueden hablarse muy fácilmente. Poco despues descubrimos la ciudadela y muros de Bizancio, y entramos en su puerto despues de haber dejado á la izquierda la pequeña ciudad de Crisópolis, y avistado al mismo lado la de Calcedonia.

\* Cuatrocientos setenta y dos toesas y media. (661 y cuarto pasos de España.)



## CAPITULO II.

DESCRIPCION DE BIZANCIO. COLONIAS GRIEGAS. EL ESTRECHO DEL HELESPONTO. VIAGE DESDE BIZANCIO A LESBOS.

Bizancio, fundada en otro tiempo por los Megarienses, y sucesivamente reedificada por los Milesienses y otros pueblos de la Grecia, está situada sobre un promontorio, cuya figura es casi triangular. No puede darse mas bella ni mas magnífica situacion. La vista, paseándose por el horizonte, descansa á la derecha en el mar, que se llama Propóntide: al frente, y mas allá de un canal estrecho, en las ciudades de Crisópolis y Calcedonia: despues en el estrecho del Bósforo;